



SEPTIEMBRE 2023
Nº170

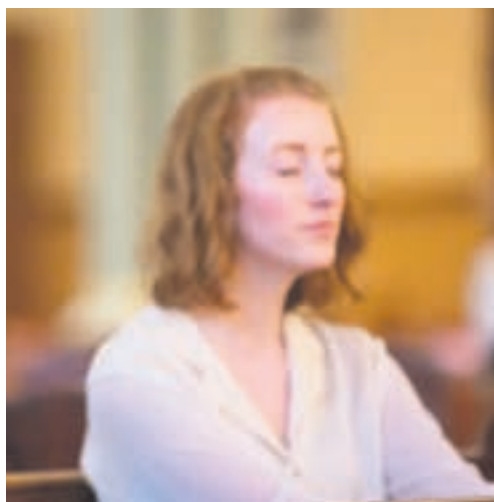
Adoradores

Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.



Al amar a Dios, no hay ni días ni horas limitadas:

¿Qué hemos de hacer para amar con todo nuestro corazón a nuestro Señor?
¿Cómo conoceremos que realmente le amamos? Pág 08 y 09.



Descansar en Él:

¡Al Sagrario! Cerrados los ojos y los oídos y la memoria y la imaginación y el pensamiento para todo lo de fuera, ¡a estar con Dios solo! Pág 16 a 18



El gran amor eucarístico de Teresa de Calcuta:

La Madre insiste en la importancia de hacer la oración ante el Santísimo Sacramento, de ser fieles a la hora de la adoración vespertina. Pág 20 y 21

Staff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.

ADORADORES

La cruz, árbol de vida

Para meditar en la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

¡Qué hermoso es el aspecto de la cruz! Su belleza no tiene mezcla de bien ni de mal como antiguamente el árbol en el jardín de Edén. La cruz es toda ella admirable, “hermoso a los ojos y deseable para adquirir sabiduría. (Gn 3,6) Es un árbol que da

vida y no muerte, luz y no ceguera. La cruz abre el acceso al Edén, no hace salir de él. Este árbol al que subió Cristo como un rey a su carro de combate, ha sido la perdición del diablo que tenía el poder de la muerte. Ha liberado al género humano de la esclavitud del tirano. Sobre este árbol, el Señor como un guerrero de élite, herido en manos, pies y costado divino, ha curado las cicatrices del pecado, es decir, nuestra naturaleza herida por Satanás.

Después de la muerte en el leño, hemos recobrado la vida gracias a él. Después de haber sido engañados en el leño, por él hemos echado fuera a la serpiente embustera. ¡Qué intercambio tan sorprendente! La vida en lugar de la muerte, la inmortalidad en lugar de la corrupción, la gloria en lugar de la vergüenza. Con razón exclamó Pablo: “Jamás presumo de algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gal 6,14)... Más allá de toda sabiduría, esta sabiduría que ha brotado en la cruz ha convertido en estupidez las pretensiones de la sabiduría de este mundo... (cf Col 1,17ss)

En la cruz la muerte fue aniquilada y Adán devuelto a la vida. Por la cruz, todos los apóstoles han sido glorificados, coronados los mártires, santificados los santos. Por la cruz nos hemos revestido de Cristo y despojado del hombre viejo. (Ef 4,22) Por la cruz hemos sido conducidos como el rebaño de Cristo y hemos sido reunidos en el aprisco del cielo.

San Teodoro el Estudita, monje





Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado

que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



Sólo Dios merece nuestro corazón

Continuamos con las
reflexiones de San Pedro
Julián Eymard.

¡Bendito sea nuestro Señor, que los ha preservado del amor del mundo y que con su virtud ha velado su corazón y cubierto su rostro!

Dichosos ustedes los que han comprendido que Dios es el todo y las criaturas la nada, y que sólo Dios merece el homenaje soberano de su corazón, de su vida y de todos sus bienes. La tierra, la vida, el talento, todo ello deja de ser bueno si no se convierten en medios de glorificar a Dios en este valle de lágrimas.

¿No es cierto que cuando se ha experimentado lo que es el mundo y lo que es Dios se aprecia con exactitud aquella sentencia: “Vanidad de vanidades y todo es vanidad menos el amar y servir a Dios”?

La vida más larga, la más bella, la más rica es una muerte digna de lástima si no tiene como fin a Jesucristo.

¡Viva la libertad de nuestro Señor en su amor!

Sean siempre libres en ustedes; el amor se da siempre todo entero, porque es libre y dueño de sí mismo.



Desde el momento en que muere todo lo nuestro, nuestro corazón hereda una nueva vida y su poder y su pasión de amor se dilatan como el fuego.

¡Vean cómo aman los santos a Dios!
¡Qué lejos de ellos estamos!

El amor de abnegación

¿Qué hemos de hacer para amar con todo nuestro corazón a nuestro Señor? ¿Cómo conoceremos que realmente le amamos?

Hay un medio seguro de saberlo: la mejor cualidad del amor, la mejor prueba de nuestro amor a Dios es el amor de abnegación y de sacrificio.

¿Quieren amar de veras a Dios? Ali-



“¿Quieren amar de veras a Dios? Alimenten esa llama para que se convierta en una hoguera, en un voraz, incendio alimento, este combustible, es el sacrificio continuo.”

menten esa llama para que se convierta en una hoguera, en un voraz, incendio alimento, este combustible, es el sacrificio continuo. El que ama lo da todo, y el que es amado lo posee todo.

El verdadero amor se olvida de sí mismo, se sacrifica, se inmola perpetuamente, no por interés ni por violencia, sino con gozo y con la única mira de agradar.

Para amar noblemente a nuestro Señor es menester morir totalmente a sí y en sí mismo, porque el amor es muerte que se convierte en vida.

El amor no tiene días ni horas determinadas; es la eternidad siempre creciente en dones y afecto; para el amor no hay límites, ni barreras; es infinito como Dios..., su centro y su fin.

El amor es un fuego devorador: todo ha de servirle de pábulo, muy especialmente lo que nos rodea, lo que nos sacrifica, lo que llena nuestra vida; hemos de devolver a Dios todo lo que nos da, haciéndolo pasar por el fuego del amor.

El amor quiere abarcarlo todo, hacerlo todo; y a la par dejarlo, abandonarlo todo. Es generoso y nada rehúsa a Dios; le da con alegría cuanto pide o desea.

El amor prefiere el sufrimiento al deleite, el Calvario al Tabor; quiere predicar al mundo entero el amor de Dios y a la vez quiere ocultarse del mundo, huir de sus miradas, sonrisas y afecto. *(Continúa en la siguiente semana)*

El amor de Dios nos apremia



“Alimenten su alma con la sagrada Comunión, que es como la encarnación del amor divino en ustedes, a la par que su sustento de cada día en su corazón”.

Cuáles son las características del amor que nos tiene el Padre.

El amor de Dios da sin contar.
El amor de Dios da sin razonar.
El amor de Dios sufre sin lamentarse.
El amor goza y se aumenta con el sacrificio.

El amor de Dios es una prensa que, comprimiéndonos constantemente, hace salir de nuestra alma cuanto haya de humano y demasiado natural, para dejar lugar al amor divino. La gracia del amor va destruyendo poco a poco el amor propio, inmolando nuestra propia voluntad.

Dejen obrar a nuestro Señor, que quiere echarlo todo por tierra en este templo de su amor y expulsar con su látigo cuanto no sea Él.

Así es como guía Dios a las almas grandes. El altar del amor divino es la cruz.

Nuestra mayor cruz somos nosotros mismos: nuestro pobre cuerpo que sufre, nuestro corazón que desea más de lo debido, nuestra voluntad, tan tímida con frecuencia; cruz pesada, por cierto, pero aligerada por la gracia de nuestro Señor.

Dejense conducir por Jesús cual niños sin voluntad y sin otro amor que el suyo, que lo convierte todo en amable. Deseo y anhelo para ustedes un amor sencillo, filial, generoso para con nuestro Señor; un amor que nada tenga para sí, un amor que nada haga ni quiera para sí.

Que Dios les conceda una de esas chispas de amor divino, una de esas chispas incandescentes que funden todas las aleaciones y convierte el oro bruto en brillantísimo metal.



ADORADORES

Amen mucho y siempre, a nuestro Señor, que es la felicidad de la vida; ámenlo con amor de corazón cariñoso, filial y generoso; ámenlo con un amor nuevo, a semejanza de la llama de fuego que nunca se vuelve sobre sí misma. Hagan todo por su amor; sufran todo por Él, y este buen Padre se verá hartos contentos de ustedes.

¡Qué felices se sentirían si el amor fuera la norma, el móvil y la recompensa de sus obras! Cuando se ama a Dios y somos amados de Él, ¿qué más puede uno poseer y desear?

¡Oh, sí! Mil veces dichosa el alma que de esta suerte ama, y para quien Jesús es todo su bien, toda su alegría y todo su deseo.

El sacramento de amor

Mas para lograr todo esto han de nutrir su alma con la piedad, el amor divino y la oración, que son su educación y su alimento: las consideraciones, afectos, resoluciones de su meditación han de ser tan sólo medios que los conduzcan a la unión del amor divino. Amen y echen leña al fuego.

Comulguen por encima de todo, comulguen cuantas veces les haya sido permitido.

Me dirán que se sienten indignos; cierto que lo son, pero es que ni los mismos ángeles son dignos; toda nuestra santidad no merecería una sola Comunión en todo el decurso de nuestra vida.

Pero necesitan de la Comunión, están débiles: es el alimento nutritivo; quieren amar a Dios: es el sacramento del amor; a este respecto habría que comulgar, si posible fuera, todas las horas del día.

En una palabra, tienen que conservar en ustedes el fuego del amor por medio de

esas lecturas piadosas que dan libertad al espíritu y renuevan con provecho las ideas.

Escojan un libro espiritual que les haga bien sin cansar el espíritu, que les alimente el corazón y que los lleve al amor de Dios, de Jesús oculto, o crucificado, o eucarístico, o en todos estos estados.

Hecho esto, alimentado el fuego del amor, vayan por donde quieran, que andan por buen camino. El círculo de la voluntad de Dios es suficientemente amplio para que puedan andar y correr en la santa alegría de su ley.

Para ser sobrenaturales

¡Ah, si el reloj de nuestra vida pudiera volver a comenzar desde nuestros primeros años, cuánto más sobrenaturales seríamos!

Pero hemos de contentarnos con las pocas horas que nos quedan para llegar al mediodía de la eternidad.

¡Seamos muy sobrenaturales en todo! He aquí la brújula de la verdadera vida; he aquí el germen que dará frutos de vida eterna. En ello va todo. Dios no recompensa más que esta vida de Jesucristo en nosotros.

¿Cómo seremos sobrenaturales? Por medio de la caridad divina activa.

¿Qué es esta caridad divina activa? Es la cooperación de nuestra voluntad a la gracia que se nos ha concedido; es nuestro fiat a la voluntad de Dios; es la adhesión de nuestra alma a Dios; es, en una palabra, el amor de Dios como ley, centro y fin de nuestra vida.

Amen mucho a nuestro Señor; que su amor sea fuerte en su corazón, florido en sus obras, regio en su vida.

¡Es tan bello, tan bueno, tan amante este Maestro bueno! Honren noblemente su elección y muéstrense santamente orgullosos de la suya.



La sagrada comunión

La importancia de comulgar todos los días.

“Dejen entonces todos los escrúpulos y perplejidades y prosigan viento en popa o viento en proa, mas virando de bordo, confiados en Dios, y marchando a toda vela.”

¡Que bueno es Dios! Suple al mundo entero, sobrevive a todo y siempre es padre bondadoso.

Sean siempre suyos mediante el santo abandono que convierte al alma en la ciega de Dios, en su pobre y dichoso mendigo.

¡Ah! Si conociéramos bien a nuestro Señor, ¡cuán vivientes y fuertes nos sentiríamos!

Arrójense con frecuencia a sus pies; abísmense más frecuentemente todavía en el horno divino de la Eucaristía, que ella los inflamará.

Comulguen todos los días

Continúen, en buena hora y siempre, comulgando diariamente. Por encima de todo, vivan según el régimen de vida prescrito por el mismo nuestro Señor. Alimenten su alma con este alimento por la mañana para todo el día. Dejen entonces todos los escrú-

pulos y perplejidades y prosigan viento en popa o viento en proa, mas virando de bordo, confiados en Dios, y marchando a toda vela.

Puesto que son de Dios y siempre de Dios, necesitan en todo tiempo vivir de Él, descansar en Él, regocijarse en Él. Pero ¿cómo efectuarlo si no es por la sagrada Comunión?

Un amo da de comer a su criado. Comulguen todos los días. ¿Qué será de su trabajo, si no comen el pan de vida? Deben reparar y aumentar en esta fuente divina el desgaste sufrido en sus fuerzas. La Comunión les es necesaria como la respiración a los pulmones.

El festín de familia

Siendo ustedes cual esposas viandantes de Jesús, séanle fieles, por honor y por amor. Dejen que Él los consuele y fortifique. Ofréndele la gloria en todo.

Dejar la comunión diaria sería re-



nunciar a su puesto de familia en el festín de los hijos de Dios.

No conviene reparar en la propia indignidad ni en la propia esterilidad, sino más bien en nuestra pobreza, en la amorosa invitación del divino maestro y en la compañía que nos hace nuestra buena madre.

Vayan siempre a la sagrada mesa, aunque sea arrastrándose y sufriendo: allí se los espera. Volverán de ella curados, como el paralítico de Siloé.

Comulguen, por tanto, impulsados por el corazón de Jesús, que los llama, y por la voz de la obediencia, que les dice: ¡Vayan! No consideren sus acciones o sus virtudes. Cuando la comunión sacramental les resulte imposible. Dios la reemplazará con la comunión de su presencia de gracia y de amor. Con todo, habrán de desear la primera, porque Jesucristo y la Iglesia la quieren.

La comunión del enfermo

Por lo demás, la sagrada comunión, al igual que el pan material que alimenta nuestros cuerpos, no es una recompensa

Nuestro Señor no viene a nosotros a coronar nuestras virtudes, sino a comunicarnos la fuerza necesaria para la práctica de la virtud, a proporcionarnos los medios de vivir como buenos cristianos y a ayudarnos en la obra de nuestra santificación.

De ahí que dejar la comunión sería dejar el remedio y privarlos de la vida.

No se les da porque son amables, buenos, humildes y recogidos, sino para que lleguen a serlo y puedan soportarlo todo con humilde paciencia.

La sagrada comunión es la vida y su única virtud. Digo única porque es Je-

sucristo formándose en ustedes. Consideren la sagrada comunión como puro don de la bondad misericordiosa de Dios, como una invitación al banquete de las gracias, debida a su pobreza, debilidad y miseria. ¡Con qué gozo se acercarán entonces!

No hablen con nuestro Señor de responsabilidades, sino de sus gracias; es lo mejor.

Partan de este principio; cuanto más pobre sea tanta mayor necesidad tengo de Dios; sea ésta la tarjeta de entrada cuando hayan de verse con el divino maestro. Así es la comunión del enfermo; nuestro Señor la ama y cura con ella todas sus enfermedades.

Vayan a nuestro Señor como lo hizo la Magdalena por primera vez, arrojándose a sus pies. Desprecien las turbaciones, las tentaciones, los temores y, aún diría más, sus mismos pecados, y lleguen a Jesús con sus harapos.

Nuestro Señor no exige de ustedes más que esta disposición o al menos esta obediencia.

Comulguen como unos pobres leprosos, con mucha humildad; ofrezcan al buen Jesús sus tentaciones y temores, cual harapos de su miseria.

No examinen, por tanto, no razonen sobre esas penas; les basta el sentimiento de su pobreza.

¡Oh! Por favor, no dejen sus comuniones; quedarían desarmados; caerían de inanición; alimenten su pobreza y serán fuertes.

Recuerden que la sagrada comunión es una hoguera que devora en un instante las pajillas de nuestras imperfecciones.

En la meditación de cada día recojan a los pies de nuestro Señor algunas migajas divinas; proveanse de maná por la mañana y nunca les faltarán paz y fuerza.



Comulguen, porque son débiles

Qué es lo que se debe buscar en Jesús.

Tengo que enseñarles una moral un tanto austera: busquen tan sólo en Jesús la fuerza, la alegría y la consolación.

Que Dios les dé a conocer y apreciar este tesoro escondido y les conceda a todos vivir sobre la región de las tempestades y de las vicisitudes de la vida pasajera. Continúen comulgando, porque son débiles y han de vivir de nuestro Señor, lo cual se alcanza reciéndole.

Así lo dijo el Salvador: “Quien me come vivirá por mí; quien come mi carne y bebe mi sangre en mí vive y yo en él”.

Es preferible que vayan a la sagrada Comunión con sus miserias a que se aparten de ella por temor o humildad; esas miserias, por el contrario, serán un poderoso estímulo para desear ardentemente el pan de los fuertes y singularmente el pan de los débiles y pobres. El amor es más atrevido que respetuoso, más confiado que tímido.

Derrita este sol divino el hielo de que están llenas sus acciones y miserias. Esto es lo más rápido.

Que este regio festín sea el gozo de su alma y el único al que aspiren.

Que su vida sea como la del sarmiento, como la flor del lirio, como el fruto del amor.

Cuando nuestro Señor se ha posesionado, al menos una vez, por la sagrada Comunión de un corazón cualquiera; deja en él indeleble el recuerdo y la huella de su paso: es un reino conquistado donde Jesús ha reinado si quiera algunos días.

Comulguen para amar, comulguen con amor, comulguen para amar más. Pidan y recibirán. Esta es la mejor disposición.

El fin esencial de la comunión

Si nuestro Señor los hace sentir alguna vez en la sagrada comunión la dulzura de su gracia, agrádzcanselo; gocen de su presencia, de sus consuelos, de esta prueba de amor personal. Pero no olviden que no es éste el fin esencial y necesario de la visita de Jesús; sobre todo, no se alejen de la sagrada mesa, porque su corazón está frío y porque es grande su miseria: es una tentación horrible, un golpe mortal que el diablo quiere



ADORADORES

“Si hubieran cometido alguna falta venial, lo mejor que pueden hacer es purificarla en el fuego de la divina Eucaristía.”

asestar contra ustedes y que entristece a nuestro Señor.

Al contrario, tomen entonces su corazón con las dos manos y arrójelo a los pies del buen maestro.

Comulguen como pobres, como mendigos, como enfermos; pero hánganlo siempre con humildad y confianza y con deseos de ser mejores y de amar mucho a nuestro Señor.

Vayan a la sagrada comunión como unos niños; animados por la confianza, haciendo de la sencillez del amor su plegaria y del deseo ardiente de amar su preparación.

No se fijen en sus progresos o aprovechamientos, sino más bien en sus necesidades y en su deseo de amar a Dios.

A la verdad, sólo una cosa es necesaria en esta tierra: amar y servir a Dios; y la sagrada comunión, haciéndonos vivir la vida de nuestro Señor, alimenta en nosotros este amor y nos hace progresar en el camino de la santidad.

El verdadero progreso

Me dicen que no progresan. Tengan

entendido que el verdadero progreso consiste en cumplir la voluntad de Dios, en volver a cobrar nuevos alientos, en levantarse y repetir sin cesar: “Lo haré mejor”.

Mientras sean alimentados por nuestro Señor; el demonio no les hará ningún mal, porque se sentirán fuertes y bien defendidos.

Por favor, no se alejen de la sagrada mesa, ni tan siquiera por sentimiento de humildad.

Si hubieran cometido alguna falta venial, lo mejor que pueden hacer es purificarla en el fuego de la divina Eucaristía.

Sigan fortificándose con el pan de los fuertes: la sagrada Comunión es el fin y la perfección de la vida, es la devoción regia que a todo reemplaza; es para ustedes el gran ejercicio de las virtudes cristianas, el acto soberano del amor, el rocío de la mañana.

Por tanto, acérquense a la sagrada comunión como a la gracia máxima de su santificación, cual niños que nada tienen y cual pobres que necesitan de todo y a quienes nuestro Señor quiere darse con toda predilección.



Descansar en el Sagrario

Cerrar los ojos, los oídos y la memoria y la imaginación y el pensamiento para todo lo de afuera, ¡A estar sólo con Dios!

Nuestro Señor, Jesús, dice en el Evangelio: “Levántate”, “Anda”, “Sígueme”, y ordena a los suyos: “Descansen un poco”.

¡Qué interesantes enseñanzas ofrecen estos “Descansos” del Evangelio y las ocasiones en que se mandaban! Unas veces se da esa orden después de un día de muchos milagros; otras, después de grandes ovaciones y exaltaciones, ora a continuación de cansancios y ahogos apostólicos, ora en presencia de persecuciones dolorosas.

¿Qué significa eso? ¿Qué enseña ese acudir al descanso antes y después de los grandes triunfos de su misericordia sobre nuestra miseria, de su poder sobre nuestras ingratitudes? ¿Tan misteriosa virtud encierra ese descanso?

El misterio del descanso

Ese “descansen un poco” no es el dormir sin cuidado de los discípulos de Getsemaní, ni es tampoco el volver la cara atrás mientras se lleva la mano puesta sobre el arado, de los inconstantes, ni el enterrar el único talento para no tener que explotarlo, de los desconfiados; nada de eso. El “Descansar un poco” que precede o sigue a las grandes acciones evangélicas es un laborioso descansar, es un dejar quietos los ojos, los oídos, los pies y las manos para reconcentrar la actividad

que se quita al cuerpo en el alma y ésta vea, oiga y se entregue más enteramente a su Dios.

¡Ah!, y ¡qué bien se ve a Dios con los ojos cerrados, sin ver caras ni de amigos ni de enemigos, sin ver bellezas de tierra que distraen, ni fealdades de acciones que inquietan!, y ¡qué bien se oye a Dios con los oídos tapados para no dejar pasar al alma ruidos ni de alabanzas ni de halagos, ni de perfidias!, y ¡qué bien se siente a Dios en el alma cuando con voluntad firme y entendimiento dócil se dice a sentimientos e ideas, a afectos y a recuerdos, a ilusiones y a sueños: ¡atrás, que ahora está el alma con Dios!

Y, ¡viene tan bien ver, oír y sentir a Dios en el alma con frecuencia! Y nota que digo a Dios en el alma; porque aquellos apóstoles a quienes ordenaba descansar, tenían la dicha de ver a Dios, que era Jesús, en cuanto hacían, veían y oían; pero era preciso verlo y oírlo y sentirlo a Él solo, sin turbas de agradecimientos, sin ejércitos de doctores, sin grupos de perseguidores, a Él solo en la soledad del alma; ése es el “descansad un poco” del Evangelio.

Bien está que pasen los días andando caminos, saltando montes, atravesando ríos, visitando pueblos y llamando de puerta en puerta en busca de almas para sus Sagrarios; bien está que quiten a sus noches de



Y, ¡viene tan bien ver, oír y sentir a Dios en el alma con frecuencia!

sueño horas y horas para alargar sus días de labor; bien está, pero descansen un poco delante de sus Sagrarios antes de empezar sus días y después de darle remate.

¡Al Sagrario! Cerrados los ojos y los oídos y la memoria y la imaginación y el pensamiento para todo lo de fuera, ¡a estar con Dios solo! ¡Ya lo sentirán llegar...!, y si permanecen quietecitas allí, ya lo oirán hablar, y si no

quiere hablar ya verán después cuando vuelvan al trabajo cómo les hizo o les dejó algo.

Por lo menos esos ratos de descanso ante el Sagrario, les servirán para que aprecien clara y distintamente la parte de Dios y la parte de ustedes en sus trabajos pendientes, en el afecto dominante, en la idea que halagan, en el celo, en la virtud, que al parecer les adorna...

Agiten con violencia el aceite y el agua contenidos en un vaso y des-



ADORADORES



**¡A descansar un poco todos los días en el Sagrario!,
¡a estar a solas con Dios!**

aparecerán ante sus vistas uno y otra. Déjenlo en reposo y verán cómo poco a poco el agua se precipita al fondo y el aceite vuelve a flotar en la superficie enteramente desprendido del agua.

¿Comprenden el símil?

¿Comprenden por qué el Maestro invitaba tantas veces al reposo a sus cooperadores? ¡Es tan fácil que la agitación del trabajo cotidiano y aun del ministerio apostólico nos quite la vista de lo que pone Dios y ponemos nosotros en ellos y nos induzca a confusiones y a equivocaciones lamentables!

¡Descansen un poco! Y verán cómo el reposo precipita al fondo de sus conciencias las miserias y torpezas de la parte del hombre y hace flotar

las maravillas de misericordia y gracia de la parte de Dios... Y ¿les parece poco ir sabiendo en cada obra que hacemos, en cada beneficio o persecución que recibimos la parte de Dios para agradecerla y secundarla y la parte nuestra para corregirla, si es defectuosa, reforzarla, si es débil, anularla, si es perjudicial, o guardarla perseverante, si es buena?

¡No se cansen de descansar!

Vuelvo a decirles, ¡a descansar un poco todos los días en el Sagrario!, ¡a estar a solas con Dios!

Trabajen con sus pies, con sus manos, con sus bocas, con sus cabezas, con todo sus corazones... pero, ¡por Dios!, que no se olviden el trabajar de rodillas..., esto es, ¡descansen un poco!

San Manuel González/ Adaptación

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Súplica a Jesús Sacramentado

Sacratísimo Corazón de Jesús,
verdaderamente presente
en la santa Eucaristía,
te consagro mi cuerpo
y mi alma, con todo
lo que soy y tengo,
y me uno a Ti
en cada sagrario de la tierra
para adorarte y amarte
en unión con todos los ángeles
y santos, para alabanza
de tu gloria.
Recibe mi humilde ofrecimiento
y salva las almas
de mis familiares,
alejados de Ti.
Te pido por mis familiares
difuntos y por todos
los que viven en la tierra
y todavía no te aman
como te mereces.
Te encomiendo mi familia
para que la bendigas y
la unas cada día más a Ti.
Madre mía, Virgen María,
defiéndeme y protégeme
de todo mal
y de todo poder del maligno
para que sea verdaderamente
hijo tuyo. Amén.

Quiero amarte, mi Señor

Mi Jesús sacramentado,
gracias por mi vida,
gracias por haberme creado,
por haberme redimido,
por haberme perdonado,
por haberme amado.
Gracias por haberme
esperado tanto tiempo
en la Eucaristía,
cuando yo no creía en Ti.
Te prometo
que no te dejaré solo
ningún día y que todos los días
vendré a visitarte
para pasar unos minutos
en tu compañía.
Además, te prometo que voy
a conseguir otros muchos
familiares, amigos, vecinos
o desconocidos
que vengan también a visitarte.
Quiero ser un misionero
de tu presencia eucarística
y ofrecerles a todos el gran
regalo de tu amor.
Soy un pobre ser humano,
pero te quiero
y quiero amarte sin medida
y para siempre. Amén.
San Alfonso M. de Ligorio



Santos eucarísticos: 5 de septiembre, santa Teresa de Calcuta

Amor a Cristo Eucaristía

La devoción de la Madre Teresa a Cristo en la Eucaristía es sin duda en ella, y también en las Misioneras de la Caridad, uno de los rasgos principales de su fisonomía espiritual.

El padre Edward Le Joly, que atendió a Teresa de Calcuta y a las Misioneras de la Caridad durante muchos años, testimonia con fuerza en su biografía, de la que reproduzco algunos fragmentos:

“Un periodista le preguntó a la Madre Teresa: ‘¿Qué es lo más importante, a su juicio, en la formación de las monjas?’. Respondió ella: ‘Lo más importante es que tengan un amor profundo, personal, al Santísimo Sacramento, de tal forma que encuentren a Jesús en la Eucaristía. Así podrán encontrarle también en el prójimo y servirle en los pobres...’ A Cristo se le sigue encontrando en la tierra, aquí y ahora, de manera palpable. La clave de la formación que imparte a las Hermanas es Jesús presente en la Eucaristía y presente en el prójimo.”

“En la Eucaristía está la Víctima del

Sacrificio al que se incorporan las Hermanas, el Alimento que las sostiene y les da la fortaleza necesaria para llevar a cabo su labor apostólica, la Sagrada Presencia a la cual acuden para ofrecerle consuelo y amor y recibir inspiración y aliento.

“La Madre insiste en la importancia de hacer la oración ante el Santísimo Sacramento, de ser fieles a la hora de la adoración vespertina. Ella acompaña a todos los visitantes a visitar la capilla y les invita a saludar al Dueño de la casa. Se regocija cuando se entera de que los grupos de sus colaboradores organizan horas de adoración delante del Sagrario...”

“Las Hermanas pasan horas al día lejos de su convento, trabajando, mucho tiempo viajando o caminando por las calles, así que deben aprender a dialogar con el Señor en cualquier circunstancia y a encontrarle en cual-

Algunos
datos sobre
su vida



Teresa de Calcuta dedicó su vida a ayudar y socorrer a “los más pobres entre los pobres”. Para ello se estableció en la India, donde en 1950 fundó, en Calcuta, la Congregación de las Misioneras de la Caridad, extendidas en todo el mundo. Murió el 5 de septiembre de 1997. Fue canonizada en 2016 por el papa Francisco.



ADORADORES



“Lo más importante es que tengan un amor profundo, personal, al Santísimo Sacramento, de tal forma que encuentren a Jesús en la Eucaristía...”

quier parte. Hablando a las que van a profesar, siempre les insiste en la presencia de Dios. Enseguida lo comprenden y se dan cuenta de que está presente en su alma y ese descubrimiento convierte su oración en algo personal, íntimo, habitual.”

“Quien ama a Jesús, practica los dos mandamientos: amor a Dios y al prójimo. Las Hermanas, por vocación divina, están llamadas al amor, a un amor total e incluso heroico. Descubren la presencia de Dios, que las conduce a Él. Con amor y respeto, le sirven en el prójimo, curando las llagas de Cristo en los sufrimientos de sus hermanos y hermanas. Así, su alma se convierte en un tabernáculo. El Señor habita conmigo, en mí.”

“A la Madre le gusta sentirse cerca de Aquel a quien ama. Encuentra a Cristo en el Sagrario y en Sus hermanos los hombres. Él es la cabeza y ella y los demás hombres su cuerpo. Cristo en el Sagrario y en los pobres que sufren esperan a las Hermanas; le visitan a Él y atienden a los hombres. La devoción a la Sagrada Eucaristía atrae con fuerza a las almas amantes, y a quienes gustan de lo concreto y lo vivo. Varias Hermanas me han dicho que encuentran fuerza para llevar a cabo su tarea diaria y abrazar la cruz en su oración ante el Santísimo Sacramento. “Señor acéptalo todo”, le dicen. “Todo es tuyo”... (José María Iraburu, sacerdote/ Infocatolica)